



## I

Hacía tan sólo dos días que Eeila Ilvanen, de dieciséis años, había terminado el que sería su último curso de instituto en Oulu, su localidad natal. Desde los doce años había estado aprendiendo euskera con Naroa Leaburu, quien fuera compañera de su padre en el hospital municipal de Oulu, y estaba decidida a irse a practicar el idioma al País Vasco, a casi tres mil kilómetros de distancia.

Era domingo veintiséis de junio de 2005 y el verano acababa de empezar. A las siete de la mañana, Eeila se despertó. En fines de semana y vacaciones solía ser la primera en levantarse, mientras sus padres se quedaban hasta las ocho y media de la mañana en la cama. Sin embargo, cada año por estas fechas solían ir de excursión a la colina Aakenustunturi, a más de trescientos kilómetros al norte de Oulu. La zona acababa de quedar bajo la protección del parque nacional Pallas-Yllästunturi. Todavía vestida con su pijama habitual, Eeila empezó a desayunar al tiempo que leía el periódico del día anterior.

Cuando estaba desayunando, su madre Heina Aranen y su padre Jan Ilvanen se levantaron de la cama.

—¡Eeila! —gritó Heina a su hija todavía desde su habitación.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Eeila desde la cocina mientras daba un bocado a una de las galletas que había mojado en la leche.

—Sabes qué día es hoy, ¿verdad?

—Sí, mamá. Es veintiséis de junio.

—Y sabes lo que hacemos cada año por estas fechas, ¿verdad?

—Solemos ir a Aakenustunturi.

—Así es, hija. Pero este año es especial. ¿Sabes que Aakenustunturi ha quedado bajo la protección del parque nacional Pallas-Yllästunturi?

—Sí, mamá. ¿Qué es lo que me quieres decir con eso?

—Debido a ello, es probable que esa zona vaya a tener más visitantes de lo habitual. Así que termina el desayuno, vístete y salgamos lo antes posible.

Para cuando los padres de Eeila entraron en la cocina ya estaban vestidos y no hicieron nada más que coger un trozo de pan y mojarlo en la leche que su hija había dejado en la cacerola en la que la había calentado.

—¿Pero todavía no estás vestida? ¡Se nos va a hacer tarde y el viaje es largo, Eeila! —le reprendió su padre.

Mientras Eeila se vestía en su habitación y su madre terminaba de desayunar, sonó el teléfono que estaba al lado de la habitación de la más joven de aquella casa. Heina lo cogió.

—¿Dígame?

—Soy Jari Kekkonen, el entrenador de Eeila. ¿Puedo hablar con ella?

Heina dejó el auricular del teléfono en la mesilla y fue a buscar a su hija, quien aún no había terminado de vestirse para la excursión a la que iba a ir con sus padres.

—Es tu entrenador, hija. Quiere hablar contigo.

—Enseguida estoy con él.

De la manera más apresurada que pudo, Eeila terminó de vestirse y cogió el teléfono bajo la atenta mirada de sus padres.

—Buenas, Jari. Soy Eeila, ¿qué es lo que pasa?

—El seleccionador nacional se ha fijado en las marcas que has hecho en las pruebas de fondo en las que has participado desde que subiste a la categoría juvenil y considera que estás preparada para dar el salto a la categoría profesional. El presidente del club está de acuerdo. Te aviso de que en las próximas horas te llamará para darte la noticia.

—Pero estoy a punto de irme con mis padres a Aakenustunturi.

—Tendrás que dejarlo hasta que el presidente del club te llame. Por lo visto, quieren que participes en el campeonato nacional de atletismo que se celebrará en la capital del país dentro de tres semanas.

—De acuerdo —se resignó Eeila sin saber en qué momento recibiría la llamada del presidente de su club y colgó el teléfono.

—¿Qué es lo que te ha dicho tu entrenador? —preguntó Heina.

—Por lo visto, el seleccionador nacional me ve preparada para dar el salto a categoría profesional y en las próximas horas el presidente del club me llamará para comunicármelo y así poder participar en el campeonato nacional que se celebrará en la capital dentro de tres semanas.

Eeila se sentó en uno de los sofás que había en el salón de su casa mientras leía uno de los muchos libros que había allí, aunque con la atención puesta principalmente en el teléfono.

—Dentro de unos días tendrás que ir a visitar el lugar en el que vivirás el siguiente curso —le comentó Jan a su hija.

—¿Querías que fuéramos contigo? —preguntó su madre.

—Tengo ya dieciséis años, mamá. Creo que es momento de que aprenda a vivir por mi cuenta. Allí estaré con una familia que seguro que me ayudará en todo lo que necesite. Y siempre que tenga tiempo volveré aquí a veros. También vosotros podéis ir allí a visitarme. De todas maneras, aún faltan varias semanas.

—¿Qué va a ser de tus entrenamientos? —preguntó Heina preocupada.

—Tendré que dejar mi club actual para entrar en algún club de allí.

—¿Cómo se lo piensas decir al presidente de tu club actual cuando te llame para pasar a la categoría profesional?

—La verdad es que desde el momento en que mi entrenador me ha llamado comentándomelo no he pensado en ello.

Al cabo de unos minutos, mientras Eeila aún estaba decidiendo cómo le iba a decir al presidente de su club de atletismo que a la vuelta de vacaciones iría a vivir y a estudiar al País Vasco, sonó el teléfono. La mejor atleta de su categoría en toda la región de Ostrobotnia del Norte se levantó y, con pasos lentos y temerosos, se acercó al teléfono. Lo cogió con la incertidumbre que le generaba pensar que podría ser Alvar Säära, quien ocupaba la presidencia del Oulun Pyrintö desde el mismo día en el que se inició el siglo XXI.

—¿Sí? —preguntó Eeila con voz temblorosa.

—Soy Alvar Säära, presidente del Oulun Pyrintö, Eeila. Imagino que tu entrenador ya te lo habrá mencionado, pero quiero confirmarte la buena noticia de que ascenderás a la categoría profesional, de manera que podrás participar en el campeonato nacional de atletismo que se celebrará dentro de tres semanas, del quince al diecisiete de julio.

—Muchas gracias, señor presidente. Pero yo tengo para usted, y para el club en general, una noticia que puede que no les resulte tan agradable.

—¿Qué es lo que pasa, Eeila?

—Como imagino que usted ya sabrá, desde hace cuatro años he estado aprendiendo euskera con una compañera de mi padre que vino a Finlandia desde el País Vasco algunos años antes de que yo naciera. Y tenía decidido que este curso que acaba de

terminar hace tan sólo un par de días fuese el último aquí. Por lo que el siguiente curso, y todos los que me quedan hasta terminar con mis estudios, los haré en el País Vasco.

—Por lo tanto, supongo que querrás dejar nuestro club para entrar en la próxima temporada en alguno del País Vasco.

—Así es, señor presidente.

—¿Participarás con nosotros en el campeonato nacional de dentro de tres semanas de todas maneras?

—Como no iré al País Vasco hasta finales de agosto, aceptaré participar en ese campeonato con mi club actual.

—Muchas gracias, Eeila. La verdad es que te echaremos de menos a partir de la próxima temporada. Eres nuestra mejor atleta y sentimos de verdad no poder seguir contando contigo a partir de septiembre.

—Yo también lo siento, pero es algo que tenía planeado desde hace cuatro años. Ya nos volveremos a encontrar en el futuro.

El presidente de Oulun Pyrintö fue el primero en colgar el teléfono. Eeila hizo lo propio y dio un abrazo a sus padres entre lágrimas. Jan le dio un beso a su hija en la cabeza mientras acariciaba su pelo.

—Creo que lo mejor en este momento es que vayamos a la excursión —propuso Heina.

—Será lo mejor —aceptó Eeila mientras se secaba las lágrimas.

Eeila y sus padres, quienes llevaban consigo cada uno una mochila con las que pretendían ser las provisiones para pasar tres días en el entorno de la colina Aakenustunturi, no habían hecho nada más que cruzar la puerta del portal en el que vivían cuando se les acercaron dos mujeres que tendrían una edad similar a la de Heina. Cada una llevaba el escudo de un club deportivo en su ropa, a la altura del corazón. Una de ellas lucía el escudo de la Real Sociedad, mientras que la otra llevaba el de su habitual rival local, el Atlético San Sebastián.

—Ahora mismo nos vamos a una excursión —les dijo Heina a las representantes de ambos clubes.

—No será más que un momento —dijo la que llevaba el escudo de la Real Sociedad.

—De acuerdo —se resignó Jan—. ¿Qué es lo que necesitan?

—Mi nombre es Enara Leaburu y soy la directora deportiva de la sección de atletismo de la Real Sociedad. Mi hermana me ha hablado mucho de ti en estos últimos cuatro años y me ha dado muy buenas referencias —dijo a Eeila—. Creo que contigo podríamos tener muchas posibilidades de ganar en carreras de fondo y nos gustaría contratarte.

—¿Naróa Leaburu es su hermana? —preguntó Eeila incrédula.

—Así es —contestó Enara—. ¿Qué me dices sobre mi propuesta?

—De momento quisiera oír también la propuesta de la otra chica.

—Mi nombre es Laura Arana y mi propuesta es bastante similar a la de mi compañera y rival. Sólo que en este caso reforzarías al Atlético San Sebastián.

—Tengo que reconocer que me halagan sus propuestas. Lo único que les puedo decir en este momento es que, a menos que de aquí a tres semanas, que es cuando se celebrará el campeonato nacional finlandés de atletismo, algún otro equipo se interese en mis servicios, elegiré entre sus propuestas cuando termine el campeonato. Estén a la espera.

—Necesitamos saberlo lo antes posible —dijo Enara Leaburu—. Estar tres semanas esperando la respuesta de una deportista a la que pretendemos fichar es demasiado tiempo. Necesitamos saber pronto con cuántos deportistas podemos contar para el momento en el que iniciemos la nueva temporada.

—Estoy de acuerdo con ella —añadió Laura Arana.

—Considero que deberían ustedes hablar con el presidente y demás directivos de mi actual club y después volver a contactar conmigo. Estaré esperando noticias. Hasta que termine el campeonato nacional seguiré formando parte de mi club actual. Además, me han ofrecido subir a categoría profesional para así poder participar en el campeonato. Es una oportunidad estupenda.

—En tal caso, volveré dentro de tres semanas, cuando se celebren las pruebas de cinco mil y diez mil metros en las que te he visto participar desde que mi hermana me empezara a hablar de ti. Pero no esperaré ni un segundo más —le recordó Enara Leaburu a Eeila.

—¿Han terminado? —les preguntó la madre de Eeila con desesperación—. Tenemos que salir lo antes posible.

—De momento sí —respondieron ambas directoras deportivas a la vez. Se dieron la media vuelta y se dirigieron cada una a su coche.

Los padres de Eeila se quedaron esperando delante de la puerta del portal hasta que perdieron de vista a las directoras deportivas de la Real Sociedad y el Atlético San Sebastián. Cuando vieron que ya no volvían, los tres se acercaron al coche de Heina, el único coche que había en casa puesto que Eeila aún era demasiado joven para sacarse el permiso de conducir y hacía ya un par de años que Jan dejó de renovar el suyo. En el maletero metieron las mochilas con las que se suponía que eran las provisiones para tres días.

Eeila se sentó en los asientos de atrás, mientras que sus padres se sentaron en los dos de delante. Cuando vieron que tenían espacio libre para salir partieron de allí en dirección norte. Al poco tiempo, se encontraron con un tremendo atasco. El embotellamiento se extendía varios kilómetros tanto hacia el norte como hacia el sur.

—¿Qué es lo que ha pasado? —quiso saber Heina.

—No lo sé, cariño. Quizás, al igual que nosotros, todos los que tenemos tanto delante como detrás también vayan al mismo parque nacional aprovechando que este mismo año ha sido declarado como tal.

—A este paso no vamos a llegar ni por la noche —se quejó Eeila mientras cogía un libro que había encontrado en un bolsillo de la parte trasera del respaldo del asiento en el que iba sentado su padre.

—Paciencia, hija —le dijo Jan a Eeila dirigiendo hacia ella su mirada y viendo de reojo el libro que su hija había cogido—. Aprovecha para leer. Creo que es lo único que vas a poder hacer en el coche para no desesperarte esperando a que este atasco termine.

Pasaban los minutos y desde que se metieron en aquel atasco no se movieron ni un sólo centímetro. Heina miraba el reloj digital que tenía el coche a la derecha del volante. No tardó en marcar las nueve de la mañana.

—Esto no es normal —se quejó Heina—. ¡Llevamos ya una hora o más en este atasco sin habernos movido ni un metro!

—La única explicación lógica que le encuentre a esto, Heina, es que ha debido de haber en algún sitio algún desprendimiento de tierra —respondió Jan Ilvanen.

—¡Pero si nuestro país es lo suficientemente llano como para que un desprendimiento de tierra sea algo muy raro! Tiene que haber otra explicación.

—La comisaría de policía de la ciudad no está muy lejos de aquí. Podría ir a preguntar si tienen información de lo que ha podido pasar para que este atasco se esté prolongando durante tanto tiempo.

—De acuerdo, Jan. Pero, y creo que estoy siendo demasiado optimista, podría ser que los coches que tenemos delante del nuestro se empiecen a mover durante el tiempo que tardes en ir y volver.

Jan Ilvanen abrió la puerta del copiloto y se dirigió al norte. Como participó en las pruebas de fondo de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles en 1984 le era natural ir corriendo a todas partes. En cuestión de poco más de un minuto, en algún caso pasando por entre los coches que había en aquel atasco, llegó hasta la comisaría de policía de la ciudad. En la recepción se encontró con una chica que no tendría más de veinticinco años, aunque debido a su altura, adecuada para ser jugadora de baloncesto o de voleibol, y a su constitución física, bastante corpulenta, aparentaba algunos años más.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó la chica de recepción en cuanto vio entrar a Jan Ilvanen.

—Necesito información.

—¿Sobre qué, señor?

—Hace ya más de una hora que mi esposa, nuestra hija y yo nos disponíamos a viajar al recién creado parque nacional Pallas-Yllästunturi y, nada más salir de casa, nos hemos metido en un atasco que ya dura más de una hora. Quisiera saber qué es lo que ha pasado para que esté durando tanto y he supuesto que ustedes lo sabrían.

—Espere un momento, señor. —La chica de recepción empezó a escribir en el ordenador. Enseguida le salieron un montón de páginas de Internet que hablaban sobre lo que Jan Ilvanen acababa de preguntar. —Por lo visto, señor, alguien ha debido de cortar en algún momento todos los árboles del lado septentrional de la carretera que cruza la frontera entre las regiones de

Ostrobotnia del Norte y Laponia, justamente en la frontera de las localidades de Simo y Ii.

—Gracias.

Jan Ilvanen volvió al coche de su esposa y el atasco todavía seguía. Desde el coche aún podían ver alguna zona de su casa. Eeila dejó por un momento la lectura de aquel libro que había encontrado en el coche.

—¿Qué es lo que te han contado, papá?

—Por lo visto, alguien ha debido de cortar todos los árboles que hay en la zona de frontera de las localidades de Simo y Ii, hija.

En la frontera entre ambas localidades estaban los bomberos y los policías recién llegados desde el departamento de Rovaniemi, además de una grúa para ayudar a quitar de la carretera los árboles más grandes.

—Esto tardará bastante. Tendrán que dar media vuelta y seguir otro recorrido —les advirtió el comisario del departamento de policía de Rovaniemi a quienes iban en el primero de los coches.

Algunos policías que vinieron de la capital de la región más septentrional del país se quedaron a algo más de medio kilómetro de distancia de donde estaban los árboles cortados, en la zona en la que había posibilidad de dar la vuelta. Por allí se acercaban algunos vehículos a los que pararon.

A algo más de dos kilómetros de la frontera, dentro del territorio de la región de Ostrobotnia del Norte, había un cruce por el que los coches de la zona empezaron a circular, cansados de llevar tanto tiempo sin moverse del sitio y sin saber qué era lo que estaba pasando.

Cuando Heina, Jan y Eeila vieron moverse a los coches que tenían a la vista, el reloj de su coche ya marcaba las once menos cuarto de la mañana.

—¡Por fin! —resoló Heina con alivio—. Llevamos aquí desde hace más de dos horas.

Cuando ya hacía bastante que había pasado el mediodía, Heina, Jan y Eeila solamente habían llegado hasta el núcleo urbano de Simo. Pararon un momento al lado de lo que parecía ser una pista de atletismo, junto a la carretera. Todos se llevaron las manos al estómago.

—La tripa me está rugiendo —comentó Eeila—. Llevo desde el desayuno sin comer nada, papá y mamá.

—Tu padre y yo estamos igual que tú, hija.

—Creo que por aquí cerca hay un restaurante —comentó Jan.

—¿Estás seguro? —preguntó Heina.

—Durante el tiempo en que compaginé mis estudios de medicina con el atletismo hubo muchas veces que entrené aquí con el resto de mis compañeros de equipo. Y por aquella época, hace ya más de veinte años, había un restaurante a unos metros de aquí. Tú sigue y yo te indico dónde es, Heina.

—Espero que estés seguro de lo que dices porque llevamos mucho tiempo sin comer y dudo que hoy podamos ir mucho más lejos de lo que estamos.

—Tenemos comida en las mochilas que hemos metido en el maletero del coche —les recordó Eeila a sus padres.

—Esa comida es para cuando lleguemos a Aakenustunturi, hija —respondió Heina—. Aunque en la zona hay hoteles, nuestra idea es pasar esos tres días alrededor de la propia colina, sin gastar ni un sólo euro en hoteles.

—¿En serio? —dijo Eeila entre decepcionada y preocupada—. Siempre que hemos estado en aquella zona nos hemos quedado en alguno de los hoteles que hay alrededor.

—Pues este año va a ser diferente, hija —respondió su padre—. Siendo éste el último año en el que haremos esta excursión antes de que te vayas a vivir al País Vasco, viviremos en todo momento rodeados de naturaleza. Es algo que creo que podrías necesitar en el futuro.

—¿Vamos bien, cariño? —le preguntó Heina a Jan mientras conducía el coche.

—Sí, Heina. El lugar en el que yo solía comer cuando entrenaba aquí está un poco más adelante.

Al cabo de unos pocos minutos se encontraron con una gasolinera. Heina miró cuánto combustible le quedaba al coche y decidió parar. El chico que trabajaba allí se les acercó. Heina salió del coche.

—¿Cuánto le vamos a poner, señora? —preguntó el trabajador.

—Lleno —pidió la madre de Eeila.

—Aquí mismo es —le dijo Jan Ilvanen a su esposa.

—La verdad es que me ha venido bien que esté aquí, porque después de tantas horas seguidas con el motor en marcha y parte de ellas sin poder movernos del sitio, el depósito del coche estaba a punto de vaciarse.

—Serán noventa euros, señora —le dijo el trabajador a la madre de Eeila.

Heina sacó de uno de los bolsillos de su pantalón de chándal una cartera que su abuela ya había utilizado desde que no era más que una adolescente de dieciséis años en 1925 y que al morir, en el año 2000 a los noventa y un años, se la dejó en herencia.

—¿Hay por aquí algún aparcamiento? —preguntó la madre de Eeila al trabajador de la gasolinera.

—Siga un poquito más adelante y se encontrará con un supermercado. Delante de él hay un aparcamiento.

—Muchas gracias —respondió dándole los noventa euros y montando de nuevo en el coche.

Cuando llegaron al restaurante en el que Jan había comido por última vez el mismo día en que vio pasar el cometa Halley, delante de la puerta de entrada había un señor que no tendría menos de sesenta años, lo suficientemente alto como para haber sido el

pívot de un equipo de baloncesto. Estaba fumando un cigarrillo, con la mirada perdida, embelesado en sus propios pensamientos hasta que se fijó en el padre de Eeila. Entonces, tiró el cigarrillo y abrazó a Jan.

—¿De qué conoces a este hombre? —le preguntó Heina a su esposo.

—Tú debes de ser Heina Aranen —dijo aquel hombre de pelo completamente canoso.

—Así es. ¿De qué me conoces? Porque esta es la primera vez que yo recuerdo haberte visto en toda mi vida —dijo Heina con tono de sospecha.

—Este es el dueño del restaurante. Al menos desde la época en la que yo solía entrenar en esta localidad.

—Mi nombre es Juha Tirvonen —se presentó a Heina y a Eeila—. Y es como Jan dice. Desde hace veintitrés años soy el dueño de este restaurante.

—Creo que ya hace diecinueve años de mi anterior visita —comentó Jan.

—Pero no os quedéis fuera. Entrad. Seguro que con la hora que es ya debéis de estar hambrientos —les dijo Juha.

Jan, Heina y Eeila entraron en el restaurante y se encontraron con que en aquel momento ellos eran los únicos clientes que había allí. Los tres se miraron con preocupación. En el comedor de aquel restaurante había una televisión bastante grande. Estaba encendida y en ese momento estaban dando el telediario del primer canal de Yle.

—Recuerdo este restaurante mucho más lleno de lo que está ahora. Incluso a esta hora —comentó Jan.

—Es algo que viene sucediendo desde hace ya unos cuantos años. Una tarde de julio de 1997, alguien cometió un asesinato en este restaurante. Un asesinato brutal en el que el autor acabó

abriendo en canal a su víctima. No se sabe dónde acabó el cuerpo y no tengo ninguna duda de que fue eso lo que produjo que la gente no viniera tanto a comer aquí.

Jan, Eeila y Heina se sentaron en una de las mesas que había en el extremo contrario al de la televisión. Mientras veían en la pantalla a la que en ese momento era la presentadora más famosa del país, Jana Nieminen, apareció una de las pocas camareras que aún trabajaba en aquel local.

—Mi nombre es Ara Tirvonen y seré su camarera. Aquí tienen los menús. Enseguida les traeré el pan y el agua.

—Traiga también una botella de vino —pidió Heina.

—Enseguida —dijo Ara dando la vuelta para ir a la cocina.

—¿Qué es lo que ha dicho Jana? —preguntó Eeila, admiradora confesa de Jana Nieminen desde la primera vez que la vio en televisión—. ¿Que han encontrado un cadáver en el lugar en el que todos esos árboles cortados han creado un atasco?

—Eso es lo que parece, hija —contestó su madre.

—Por lo que el dueño de este restaurante nos ha contado, me ha hecho pensar que el cadáver que han encontrado en esa zona podría ser la víctima de ese asesinato —comentó Eeila.

—No estamos lejos del lugar en el que se ha encontrado ese cadáver. Podría ser que estuvieses en lo cierto, hija.

La camarera que les atendió cuando se sentaron, quien también era la hija del dueño del restaurante, volvió con una bandeja llena con una botella de agua, otra de vino, un cesto lleno de pan, dos copas para vino y un vaso para el agua.

—¿Ya han decidido qué es lo que van a comer? —les preguntó Ara después de poner en la mesa todo lo que llevaba en la bandeja.

—Yo tomaré, como primer plato, el *hernekeitto*. Y de segundo el *poronkärästys* —dijo Eeila.

—Lo mismo para mí —añadió Heina.

—También para mí —repitió Jan.

—Entonces tres *hernekeittos* y tres *poronkäristys*. Entendido. Enseguida se los traigo.

Eeila se quedó preocupada desde el momento en el que le dio por pensar que el cadáver encontrado en la frontera entre las localidades de Ii y Simo podría corresponder a la víctima de aquel asesinato que se llevó a cabo en el mismo lugar en el que ellos tres se encontraban en este momento.

—No sé vosotros, pero estoy pensando que el responsable del asesinato podría volver aquí.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso, hija? —le preguntó su madre con aspecto preocupado.

—Dudo mucho que el responsable de aquel asesinato tenga algún tipo de relación con nosotros. Ni siquiera sabemos cuál era su nombre —replicó Jan.

—Muchas veces el responsable de un asesinato no tiene ningún tipo de relación previa con su víctima, papá. Además, el cadáver se ha encontrado a poco más de seis kilómetros de donde estamos en este momento. Bastante cerca como para hacer el camino incluso andando. Por algún motivo, empiezo a sospechar del propio dueño del restaurante.

—Lo conozco desde hace muchos años, hija —le replicó su padre—. Y no me lo imagino llevando a cabo un asesinato tan brutal como el que ha contado.

—Piensa, papá. Lo ha contado de una manera lo suficientemente detallada como para que nos dé por pensar que, como mínimo, fue testigo directo de aquel suceso. Y lo que es peor, que no intentó hacer nada por evitarlo.

—Imagino que ante un suceso como ese cualquiera se quedaría sin saber qué hacer para ayudar a la víctima sin arriesgar al mismo tiempo su propia vida, Eeila —le dijo su madre.

—Puede que tengas razón, mamá, pero el dueño de este bar no me da buenas sensaciones desde que ha contado todo eso. Ahora mismo lo único que quiero es terminar de comer lo antes posible para irnos de aquí.

A los pocos segundos llegó Ara Tirvonen con el primer plato. Sin decirles nada a sus clientes, les dejó su pedido en la mesa. Los tres se quedaron mirando a Ara sin encontrar explicación a la frialdad mostrada en ese momento por la camarera.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Eeila mientras Ara Tirvonen volvía a la cocina.

Ara se paró un momento y miró hacia sus únicos tres clientes. Sin decir nada, y con una mirada fría, reanudó el paso.

—¿Creéis que han podido oír lo que hemos estado comentando sobre el asesinato de hace ocho años y el cadáver encontrado a algo más de seis kilómetros de aquí? —preguntó Jan.

—No me extrañaría —respondió Heina.

Juha Tirvonen se quedó delante de la puerta de la cocina, mirando hacia la mesa en torno a la cual estaban sentados Jan, Eeila y Heina.

—¿Qué es lo que han dicho cuando creían que no les estábamos oyendo, hija? —preguntó Juha.

—Por lo visto sospechan que algo tuviste que ver con el asesinato. Y también piensan que el cadáver que han encontrado en la frontera entre las localidades de Ii y Simo podría ser, precisamente, la víctima de ese asesinato.

—Vamos a dejar que coman con tranquilidad. Ya nos encargaremos de ellos más tarde. Hasta que terminen de comer haz todo lo que puedas para que crean que no has oído nada de lo que han comentado.

Tanto Juha como su hija Ara miraron hacia fuera y vieron que un autobús de dos pisos con matrícula española llegaba al apar-

camiento que había en el supermercado vecino. De allí salieron un total de sesenta personas. Las seis primeras en descender tendrían una edad similar a la de Eeila.

—No pierdas de vista a Jan Ilvanen y a su familia —le ordenó Juha a su hija—. Yo voy a atender a todos los que acaban de llegar.

Los cuatro chicos y dos chicas de edad similar a la de Eeila fueron los únicos que entraron en el restaurante, mientras que el resto de los visitantes se dirigió hacia la costa.

—Muy buenas, jóvenes visitantes. Estamos muy agradecidos de que hayan escogido nuestro humilde restaurante para saciar su hambre. Entren, entren. Satisfaremos todo lo que necesiten.

—Muchas gracias, buen hombre —respondió uno de los chicos.

Las dos chicas y los cuatro chicos de unos dieciséis años que entraron en aquel restaurante miraron a un lado y al otro del comedor y en uno de los extremos vieron únicamente a Heina Aranen, Eeila Ilvanen y Jan Ilvanen.

—Perdone, señor —dijo una de las chicas—. ¿No cree que este comedor es demasiado grande para que sólo esas tres personas que están sentadas alrededor de aquella mesa sean los únicos clientes?

—Cierto es lo que dice usted, señorita —respondió Juha—. Pero hasta hace unos años este restaurante era muy frecuentado por toda la gente que pasaba por esta zona. Se trata del primer restaurante al que se puede acceder siguiendo el camino costero. Y existe un motivo de peso para que en este momento no esté tan frecuentado. Hace ocho años se llevó a cabo un asesinato brutal en el que la víctima fue abierta en canal.

Los seis amigos se miraron con dudas sobre si quedarse allí o ir a algún otro lugar que no tuviera un pasado tan tenebroso. Eeila escuchó las voces de aquellos seis amigos y vio que eran de

su misma edad, pero lo que más le sorprendió era que no estaban acompañados de ningún adulto. Se levantó de su silla y fue a saludar a aquellas dos chicas y a los cuatro chicos.

—Quedaos a comer con nosotros —les propuso Eeila.

—Quisiera presentarnos. Mi nombre es Lander Aranburu. Y el resto son Ainara Sánchez, Jon Tellería, Aitor García, June Aranzabal y Oier Reizabal. ¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre es Eeila Ilvanen y he parado aquí a comer con mis padres de camino a Aakenustunturi.

—No estamos muy seguros después de lo que nos ha contado ese señor sobre el asesinato que se cometió aquí hace ocho años —dudó June Aranzabal.

—Ya nos lo ha contado también a nosotros. Pero venid, sentaos con nosotros.

Aquellos seis amigos procedentes del norte de España juntaron un par de mesas que había cerca de aquella en la que estaban los padres de Eeila y se sentaron alrededor bajo la atenta mirada de Juha Tirvonen, quien seguía al lado de la puerta de entrada.

—¿De dónde venís? —quiso saber Jan Ilvanen.

—Del norte de España. Del País Vasco, concretamente —respondió June Aranzabal.

—Justamente es allí adonde pienso ir a vivir y a estudiar a partir de septiembre. A San Sebastián, precisamente.

—¡De allí venimos nosotros! —respondió sorprendida Ainara Sánchez.